



La revolución y la modernidad como rutas ambiguas y costosas

Santiago de Chile, septiembre de 2009

Franco Gamboa Rocabado, Sociólogo político, investigador de Yale World Fellows Program, Franco Gamboa Rocabado, sociólogo político, miembro del *Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile* y de *Yale World Fellows Program*, franco.gamboa@aya.yale.edu, jfgamboa@uc.cl

Los ingresos a la modernidad

¿Qué efectos genera una revolución y cómo se gesta? Sin lugar a la especulación, sino más bien analizando con cuidado las grandes revoluciones épicas como la francesa (1789), rusa (1917), inglesa del siglo XVII, o la guerra civil en Estados Unidos (1861), el célebre sociólogo estadounidense Barrington Moore Jr., refresca nuestra comprensión de la actualidad cuando observa que no es posible hablar de “grandes transformaciones sin grandes traumas políticos”; asimismo, los caminos abiertos por las revoluciones históricas en Europa para el surgimiento del capitalismo, o un proceso de modernización acelerado como aquel surgido en Rusia a partir de 1917, están totalmente cerrados. En su libro *“Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno”*, Moore afirma que la instauración del progreso moderno (el



verdadero objetivo de las revoluciones) viene con un alto y terrible costo humano¹.

El propósito es explicar tres caminos de ingreso a la modernidad: por medio de la democracia liberal; a través del fascismo; y por la vía del comunismo. El costo de la modernidad, no necesariamente viene con una democracia tranquila y pacífica, sino con demasiada violencia y la desaparición de grandes segmentos campesinos que fueron sometidos por las “clases altas”, como lo sucedido en los Estados Unidos, por ejemplo durante la guerra civil entre 1861 y 1865.

Durante las transiciones hacia la modernidad y los cambios sociales o económicos, la pregunta sobre los alcances de una revolución debe girar en torno a: ¿quiénes aguantan el peso de las reformas revolucionarias y quiénes pagan un precio más alto que otros? En los procesos revolucionarios, Moore muestra que hay siempre una brecha entre la promesa revolucionaria y el posterior desempeño inhumano. Lo que se ofrece como una gloriosa transformación, normalmente termina en una tenebrosa realidad que posiciona a nuevas élites en el poder y genera mutaciones económicas, siempre y cuando el costo humano también muestre enormes sacrificios que no siempre mejora la condición de los más pobres, sino todo lo contrario.

¹ Cf. Moore, Barrington Jr. *Social origins of dictatorship and democracy. Lord and peasant in the making of the modern world*, Boston: Beacon Press, 1967.



Los procesos de transición de un tipo de sociedad agraria y campesina hacia la moderna e industrial, llevan patrones políticos que no tienen una explicación lineal y determinista para comprender la democracia parlamentaria y los orígenes del fascismo y la dictadura. En las diferentes fases de la revolución inglesa (1642 a 1645 o las guerras civiles de 1648 a 1651), el factor central es la relación complementaria entre una excesiva violencia y la instauración de reformas pacíficas durante el paso del mundo tradicional al mundo moderno, o de las sociedades agrarias hacia la nueva estructura industrial.

Luego de la guerra civil inglesa del siglo XVII, el parlamento curiosamente se erigió como una institución flexible, en el cual se podían concentrar las demandas sociales para la solución pacífica de cualquier conflicto de intereses, sobre aquellos fuertemente influenciados por intereses comerciales.

En el caso de la revolución francesa de 1789, la nobleza no se debilitó inmediatamente a favor de una nueva clase de propietarios terratenientes que fortalecieran el comercio, sino que se alimentó a expensas de lo que podía extraer de la gran masa de campesinos pobres. La nobleza francesa no pudo adaptarse a las condiciones de la crisis económica y el retorno de la centralidad estatal (el absolutismo), tampoco constituyó una alternativa de control porque grandes porciones del área rural estaban en las manos del campesinado.



Fue la terrible división del trabajo, nacida después de la revolución francesa, lo que motivó una discriminación secante entre la aristocracia y el campesinado. Los costos de la modernización fueron tan grandes y atroces como aquellos que se desgajan de los procesos revolucionarios en sí mismos, y tal vez mucho más según Moore.

Los revolucionarios y reaccionarios (contrarios a la revolución), representan, por lo tanto, dos caras de la misma moneda: una dinámica del poder que se orienta algunas veces hacia la transformación planteando los ideales de una sociedad mejor, o por medio del empuje histórico de procesos de modernización que cambian las estructuras de un tipo de sociedad tradicional para abrir las puertas del capitalismo industrial.

Ambos procesos de administración y pugnas por el poder implican un costo humano elevado. El liberalismo occidental y los deseos de una sociedad comunista (especialmente en su versión soviética luego de la revolución bolchevique de 1917), constituyen ideologías obsoletas hoy en día, pero fueron doctrinas exitosas que se convirtieron en la justificación que escondió diferentes formas de represión.

En ambos sistemas están presentes fuertes tendencias destructivas: por un lado, en el modelo comunista la represión es ejercida en contra de su propia población desde la dictadura de una oligarquía partidaria como la ejercida por el Partido Comunista;



mientras que por otro lado existe el modelo liberal de sociedad, identificado también con la violencia de los regímenes fascistas de la Italia de Benito Mussolini o la Alemania de Adolfo Hitler. La represión liberal se manifiesta también “hacia afuera, hacia otros” por medio de las relaciones internacionales imperialistas.

Las fronteras entre la dictadura y la democracia son movibles porque fácilmente se puede pasar de una hacia otra. En consecuencia, el despotismo y la dictadura, pueden ser también tendencias latentes y manifiestas en los procesos que se consideran “lineales y graduales” hacia la democracia. Toda revolución impone el orden del terror y muestra con crudeza los altos costos del sueño por una sociedad mejor; asimismo, las ambigüedades de la democracia como un proceso pacífico, pueden desmoronarse fácilmente hasta caer en el oprobio dictatorial. Las contradicciones caracterizan al manejo del poder y, en consecuencia, la tergiversación es el núcleo de toda oferta utópica que es defendida durante una revolución.

Revoluciones y estructuras estatales autoritarias

Otra perspectiva fundamental proviene de Theda Skocpol, profesora de Harvard, quien aborda las revoluciones en Francia, Rusia y China (un viejo tema) a partir de luces y perspectivas nuevas, como por ejemplo ¿por qué los impulsos revolucionarios en situaciones de crisis estatal y movilización campesina desembocan en determinados



resultados particulares de la lucha de clases dentro de ciertos países? ¿Cuáles son las construcciones estatales, qué tipo de liderazgos revolucionarios aparecen y cuál es la interrelación entre la dinámica interna y las influencias internacionales?²

El objetivo de Skocpol fue presentar un patrón social-revolucionario que explicara los grandes modelos de revolución en la modernidad. Este propósito es cumplido con un éxito impresionante, sobre todo por la erudición en el manejo de fuentes bibliográficas y la visión cosmopolita que interpreta los hechos históricos. Skocpol encuentra similitudes entre las revoluciones francesa y china donde los terratenientes se rebelaron en contra de las monarquías, involucrando, además, revueltas campesinas que terminaron construyendo regímenes con un nuevo Estado centralizado y burocrático; sin embargo, ni el absolutismo francés ni los orígenes de una burocracia autoritaria en la China de 1911 abrieron el paso a una modernidad más benigna o pacífica, sino que sembraron mayores confrontaciones y presiones del ámbito internacional para transformar radicalmente las estructuras sociales de ambos países. Al mismo tiempo, es importante evaluar y criticar los enfoques teóricos que intentan explicar las revoluciones, por ejemplo:

Aquellos análisis donde las protestas políticas y los procesos de cambio social, solamente deberían haber ocurrido en las sociedades

² Skocpol, Theda. *States and social revolutions. A comparative analysis of France, Russia, and China*, New York: Cambridge University Press, 1979.



liberal-democráticas o capitalistas; esto no es así ya que las sociedades agrarias como Rusia y China presentan una clara prueba del nacimiento de revoluciones con estructuras pre-capitalistas.

Por otra parte, tampoco son completas las visiones marxistas más radicales donde la revolución es un típico movimiento de reformas sociales ligado a la vanguardia de la burguesía o el proletariado.

Según Skocpol, ambos perfiles explicativos no respondían a las causas y los “resultados efectivamente logrados” por la revoluciones en las sociedades predominantemente agrarias, caracterizadas por gobiernos absolutistas y monárquicos con grandes bases campesinas. El perfil metodológico escogido es la sociología histórica comparada que utiliza fuentes secundarias, no para descubrir nuevos datos sobre los hechos estudiados, sino para dibujar una explicación que muestre “regularidades causales a lo largo de tres casos históricos”.

El ingreso a la modernidad de las sociedades que sufrieron las cargas de la revolución, marca patrones de largo alcance cuya dinámica política y económica está determinada por la combinación de dos coincidencias: primero, la coincidencia entre el cambio social estructural y un levantamiento de clases; segundo, la coincidencia entre transformación política y transformación social. Por lo tanto, la modernidad se asume como la médula de cambios revolucionarios con un ropaje ideológico capitalista o socialista. El resultado tiende a ser el mismo: violencia, coerción y modernidad, entendida como la llegada de



una sociedad industrializada que destruye completamente al mundo rural agrario campesino.

En contraste, las “rebeliones o levantamientos”, a pesar de involucrar clases sociales subordinadas, normalmente no terminan en la implantación de cambios estructurales, ni son capaces de mirar hacia la modernidad en el largo plazo. Una “revolución política” puede cambiar las estructuras del Estado pero no necesariamente las estructuras sociales, mientras que lo realmente *único* en las “revoluciones sociales” es que los cambios básicos en las estructuras sociales y políticas ocurren simultáneamente, reforzándose de manera mutua para terminar en una modernidad plena. Esto sucede en medio de conflictos socio-políticos y donde la lucha de clases juega un papel central. Skocpol utiliza de manera magistral el aparato teórico marxista sin ortodoxias y combina los conceptos de lucha de clases, relaciones sociales de producción y contradicciones de clase al interior del Estado, junto con una interpretación personal abierta a las visiones totalizadoras.

El objetivo epistemológico es comprender a las revoluciones que generan modernidad como un “todo” que debe ser explicado en su entera complejidad. Las revoluciones provienen de contextos históricos y macro-estructurales pero involucrando un cambio en las relaciones de clase. Al escoger los tres casos paradigmáticos de revolución, Skocpol afirma de manera contundente que su argumentación no podría ser



generalizada más allá de la historia particular de Francia, China y Rusia. Las teorías vigentes sobre las revoluciones, pueden agruparse en:

Marxista, donde el modo de producción es el concepto central. La revolución surge en el momento de una contradicción y ruptura irreversible entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción que corresponden históricamente a un determinado modo de producción. La lucha de clases y la conciencia de clase revolucionaria llevarían la dinámica del conflicto al nacimiento de un nuevo modo de producción.

Un segundo marco de análisis son las teorías psicológicas que explican las revoluciones por medio de las motivaciones psicológicas que la gente encuentra para comprometerse con la violencia política o los movimientos contestatarios.

El tercer modelo de análisis sería la teoría de una ruptura en el consenso de valores dentro del sistema social, lo cual da lugar a un conflicto político.

El profundo análisis histórico que Skocpol realiza de los procesos revolucionarios, hace hincapié en cómo la estructura rural y agraria de Francia y China mostraba una vasta población campesina pobre, sometida a la exacción impositiva de los propietarios comerciales, la clase alta terrateniente y la nobleza (vinculada a la monarquía francesa en un caso, o a la tradición imperial china en otro). Las contradicciones de clase surgieron cuando las crisis económicas se ligaron, tanto a las



influencias internacionales que exigían una adaptación más intensa al capitalismo mundial, como a otra crisis política de legitimidad donde la estructura estatal quedaba fuera de control, es decir, sin que el rey o el emperador puedan tomar decisiones funcionales, ni controlar al ejército para reprimir a los múltiples focos de sublevación que terminaron destruyendo violentamente al conjunto del orden político y social.

La revolución en Rusia tuvo similares características con la diferencia de que la nobleza propietaria de tierras y siervos, estuvo fuertemente sometida a las autoridades monárquicas del régimen zarista, sin gozar de autonomía para conformar una clase dominante capaz de desafiar el orden político en una situación de crisis y actuar según sus intereses. Además, los intentos de modernización desde arriba que inició Pedro el Grande – curiosamente una gran novedad para occidentalizar y liderar cambios en Eurasia – no significaron una ventaja para evitar la explosión revolucionaria de campesinos pobres.

Los procesos de modernidad industrializada impuestos desde el Estado a finales del siglo XIX no dieron los resultados esperados pues Rusia permaneció siendo un país retrasado económicamente, militarmente y desde el punto de vista del liderazgo, en relación con Estados Unidos, Alemania imperial e Inglaterra. La industrialización solamente reforzó el absolutismo estatal que fue incapaz de sostener su legitimidad política cuando la violencia estalló desde las bases sociales de millones de campesinos pobres.



Los conflictos de clase, según Skocpol, expresan una gran estratificación y fragmentación de la propiedad rural, junto con bolsones de comercio muy localizado en ciertas áreas prósperas pero que se convertían en obstáculos estructurales y progresivos, evitando el cambio económico y determinando por último la ruptura del equilibrio entre las fuerzas productivas (condiciones materiales de la estructura económica en Francia, China y Rusia) y las relaciones sociales (la lucha de clases que constituye el factor revolucionario).

Algunos paralelismos entre las revoluciones francesa y china señalan un enfrentamiento irreconciliable entre los gobiernos autocráticos y las clases dominantes que poseían cierto control territorial, económico, político y militar que aniquiló los intentos de reforma autocrática desde arriba, instalando la resistencia descentralizada en varios escenarios locales o promoviendo otro tipo de arreglos político-institucionales que hacían insostenible la vieja estructura, denominada proto-burocracias autocráticas.

¿Cuáles son los “resultados de la revolución” después de ser destruidas las viejas estructuras sociales y estatales? En realidad, las visiones marxistas románticas sobre la desaparición del Estado o la instauración de una libertad plena e inédita, rápidamente desaparecieron para converger en el retorno de Estados más autoritarios que recurrían a la violencia una vez más, hasta reconstruir



una nueva red institucional de orden político post-revolucionario. Aquí, la combinación entre la revolución y la modernidad transmite un mensaje realista y simultáneamente escéptico sobre la profundidad de las transformaciones estructurales porque toda revolución – por lo menos en los casos de Francia, Inglaterra, Estados Unidos, China y Rusia – edifica una nueva época reproduciendo un sistema de dominación que la situación revolucionaria se empeñaba en desbaratar. Ni plena libertad con democracia, ni el fin del Estado y de la lucha de clases son los efectos claros de la modernidad revolucionaria o industrial.

Conclusión: resistencia a la modernidad sin revoluciones

En la vida cotidiana de los campesinos pobres o las clases medias que no tienen otra alternativa que vivir dentro y para la modernidad, simbólicamente hay posibilidades para resistir las formas de opresión política. En este caso, el concepto de “resistencia” está unido a las acciones colectivas organizadas, guiadas por principios y sin conductas oportunistas ni egoístas; pero probablemente no tiene consecuencias revolucionarias. La única luz al final del túnel es una resistencia que niega, en lugar de aceptar, las bases de la dominación y la modernidad³.

Uno de los instrumentos de la resistencia hoy día puede ser la “conciencia” que los individuos tienen de sus actos, lo cual se expresa

³ Cf. Scott, James C. *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*, New Haven: Yale University Press, 1985.



mediante símbolos, formas ideológicas como valores y propósitos que la gente se plantea en la vida diaria porque representan los factores de análisis para comprender el conflicto de significados y valores que surgen en el mundo de los seres simples que habitan en la modernidad (las grandes masas urbanas en las metrópolis centrales). Las acciones de resistencia y los pensamientos sobre dicha resistencia se encuentran en permanente diálogo.

La experiencia directa que vive la resistencia con conciencia, es un conjunto de condiciones históricas y materiales ya dadas. Este es el potencial de cambio que debe ser dilucidado y mostrado por la investigación y la acción política. Hay que hacer patente la conciencia de las relaciones de dominación, la dialéctica de quiénes son los ganadores y quiénes los perdedores. El lenguaje, por ejemplo, está asociado con la explotación pues en él la verdad es distorsionada para servir a los intereses de la modernidad dominante.

A pesar de la desigual distribución de recursos entre los poseedores y los desposeídos, el conformismo con la estructura social debe ser “calculado” en la vida diaria de aquellos que resisten y continúan reflexionando sobre su situación. Si bien el camino de las revoluciones está cerrado, se abre el sendero del escepticismo y una sutil resistencia material debajo de las supuestas aguas tranquilas de la paz y la estructura formal de la modernidad de consumo contemporánea.



La cultura, la ideología y la capacidad de generar conocimiento, deben ser entendidas como productos del conflicto y no como algo dado y preexistente. Los valores dominantes son reinterpretados constantemente en la vida diaria de la resistencia que también actúan para defender sus intereses por medio del sabotaje al consumo, la huelga de brazos caídos, la crítica de la cultura moderna, e inclusive los chismes maliciosos que se burlan de los más poderosos.

La dinámica específica de las relaciones de dominación y el material simbólico que proviene de ellas, puede ser completamente recreado y sobre todo, manipulable. Los resultados de la modernidad y las revoluciones históricas construyeron nuevas relaciones de poder y estructuras de clase; hoy día es imposible superar las condiciones materiales de desigualdad pero, simultáneamente, la modernidad nos otorga diferentes alternativas de resistencia que cuestionan la hegemonía de las clases dominantes impugnando, en la vida diaria, la legitimidad del poder.

La conciencia cotidiana de resistencia y el cuestionamiento de las hegemonías de clase en el mundo moderno, lamentablemente también tiene una lógica dual donde lo “inevitable” se combina con el “pragmatismo” para convertir a la subordinación en algo vivible y psicológicamente aceptable. Las rutas de la revolución se cerraron con los ejemplos históricos mostrados por Theda Skocpol y Barrington Moore pero los “Estados fallidos” y la constante desigualdad en el mundo, sumada a la crisis medioambiental que trajo el modelo industrial, son una



prueba fehaciente de que la modernidad nunca estuvo preparada para aplicar su modo de vida sofisticado a las situaciones de anomia política y crisis violentas en democracia, que afectan también al orden político de los países más poderosos como Estados Unidos y aquellos de Europa occidental.